

SALVACIÓN EN EL TIEMPO

ALFONSO DE LA FUENTE
Facultad de Teología San Dámaso
Madrid

Es célebre la declaración de san Agustín en sus *Confesiones*: "Si no me preguntan qué es el tiempo, lo sé; si me lo preguntan y quiero explicarlo, lo ignoro" (libro XI, cap. 14). Por fortuna, nosotros no tenemos que elaborar aquí ninguna definición. Presentaremos primeramente los datos que ofrece la Biblia sobre el tiempo como marco de la acción salvífica de Dios en favor de la humanidad. Después, tomando como ocasión la proximidad del III milenio, recordaremos algunos temas de la reflexión teológica.

I. EL ANTIGUO TESTAMENTO

El tiempo comienza cuando "en el principio creó Dios el cielo y la tierra" (Gn 1,1). Con la creación se inicia una historia que se prolongará hasta que el "día de Yahvé" le ponga punto final. La Biblia no entiende el tiempo como una línea que desde el presente se prolongue sin límites hacia el pasado y hacia el futuro, sino como una magnitud concreta, formada por los acontecimientos de la historia humana y limitada por dos intervenciones de Dios: creación y consumación.

Es de notar que los pueblos vecinos del antiguo Israel tenían otra idea del tiempo. No entendían la creación como un comienzo absoluto. Imaginaban que el tiempo histórico había sido precedido por un tiempo "primordial" que constituía el modelo del primero, y pensaban que la historia

está sujeta a la ley del eterno retorno: como los ciclos de la naturaleza, la historia llegaría a su final y volvería a empezar¹.

Las acciones de Dios en favor de su pueblo tienen lugar en el único tiempo que existe, el que sirve para datar la vida y la muerte de los hombres. Desde las gestas de los patriarcas hasta la actividad de los profetas, pasando por la liberación de Egipto y la alianza del Sinaí, todos los encuentros con Dios se sitúan en momentos concretos de la historia. Incluso, en un intento de empalmar la historia de Israel con la de toda la humanidad, los teologúmenos² de los orígenes se nos presentan como episodios acontecidos en el tiempo.

Primitivamente, Israel medía el tiempo por generaciones, como es el caso de las tradiciones correspondientes a los patriarcas antediluvianos (Gn 5)³. Tras la implantación de la monarquía (siglo X a. C.), se tomaba como medida la duración de cada uno de los reinados. También servían como puntos de referencia temporal ciertos fenómenos naturales (una gran sequía o un terremoto) o bien grandes hechos históricos (invasiones o deportaciones). Mucho más tarde, en la época rabínica, se estableció la era judía, que toma como punto de arranque el año (supuesto) de la creación⁴.

Según el pensamiento bíblico, todo tiempo está sujeto al dominio de Dios. Él regula el día y la noche, para lo cual ha colocado en el firmamento el sol y la luna; regula la alternancia de las estaciones y la sucesión de los años. Dios ha señalado un tiempo para cada cosa (Ecl 3, 1ss), y nada acaece sin su divino beneplácito. Cuando, ya en época tardía (a partir del siglo II a. C.), los autores apocalípticos hablan de "plenitud de

¹ Se diría que Qohélet piensa en un tiempo circular cuando afirma que "lo que fue, eso será" y que, por tanto, "no hay nada nuevo bajo el sol" (Ecl 1,9; 3,15). Pero aquí se trata simplemente de una muestra más del pesimismo que caracteriza a este enigmático autor: la búsqueda de novedades es vanidad.

² Se da el nombre de teologúmeno al relato que sirve de revestimiento a una doctrina religiosa (teológica). Así, la doctrina contenida en el relato del paraíso (Gn 2-3) es que el origen del mal no está en Dios, sino en el hombre pecador.

³ Las elevadas edades asignadas a estos personajes tienen más valor cualitativo (quieren indicar cuán buenos fueron) que cronológico (cuántos años vivieron). En ocasiones nos hallamos ante cifras simbólicas; por ejemplo, la cifra de 365 años asignados a Henoc es la misma de los días del año solar.

⁴ Esta era supera en 3.761 años a la cristiana. Por tanto, nuestro 1997 corresponde al 5758 de la creación.

los tiempos", dan por supuesto que la duración de cada uno esos tiempos o etapas ha sido determinada por Dios.

La comunidad israelita sacraliza el tiempo mediante la celebración de diversas fiestas religiosas. Las principales entre éstas ya eran celebradas con anterioridad a la existencia de Israel como pueblo. Sus fechas se ajustan al ritmo de la naturaleza. Pero Israel introduce una novedad: las pone en relación con episodios de su propia historia, las historifica. Así, la Pascua deja de ser un rito nómada de primavera y se convierte en recordatorio de la liberación tras el cautiverio en Egipto. Esa misma liberación es recordada en la fiesta de los Ácimos, celebrada primitivamente por los agricultores cananeos cuando utilizaban por primera vez harina procedente de la nueva cosecha de grano. La fiesta de los Tabernáculos, vinculada en su origen a la recolección de los frutos, sirve para rememorar la estancia de los israelitas en el desierto.

Desconocemos dónde y cuándo se inició la división del tiempo en semanas. Lo cierto es que el descanso sabático en que culmina la semana israelita constituye una de las instituciones más características del Antiguo Testamento. La importancia del sábado llevó al redactor de Gn I a presentar el proceso de la creación en el espacio de una semana⁵. De este modo, el Dios creador, trabajando seis días y descansando el séptimo, prelude la conducta de Israel, y éste puede imitar a Dios en el decurso de la vida semanal.

El sábado y las fiestas anuales son un homenaje a Dios como Señor del tiempo. Estas celebraciones, cada una con su significado peculiar, demuestran además la convicción de que la vida no discurre en manos del azar, sino que está sujeta a la voluntad de Dios, el cual es generoso en la concesión de sus dones al tiempo que exige que se le ame "con todo el corazón".

La Biblia —como otras tradiciones religiosas— atribuye a los orígenes de la humanidad una perfección que se pierde por culpa de los hombres. Según el Génesis, la maldad crece hasta el punto de que se hace necesario un diluvio universal. Éste, a la vez que castigo, es un nuevo comienzo de la historia. Por encima de la perversidad humana, Dios, Señor del tiempo, impone sus designios. La entrega de la Ley por medio de Moisés y la

⁵ Cosa que no logró sin violencia, pues las obras creadas son más en número que los días de trabajo.

predicación de los profetas son los dos grandes medios que utiliza para guiar al pueblo hacia la salvación.

El tiempo de la historia tendrá su fin en el "día de Yahvé". Entonces se hará realidad el gran juicio en el que Dios premiará o castigará a cada uno según sus obras. A continuación se inaugurará para los justos un tiempo nuevo de duración sin límite. Los profetas lo describen con tintes paradisíacos: "Habitará el lobo junto al cordero, la pantera se tumbará con el cabrito, el ternero y el león pacerán juntos, y un niño cuidará de ellos" (Is 11,6-9). Y aquellos hombres de Dios llegan a afirmar que Dios creará, como escenario de ese nuevo tiempo, "unos nuevos cielos y una nueva tierra" (Is 65,17).

¿Cuándo llegará el fin anunciado? Sólo Dios lo sabe. Pero los israelitas de los últimos siglos precristianos lo esperaban con ansia y preocupación. Imaginaban que no tardaría mucho. Y, durante la espera, se esforzaban por sacar provecho del tiempo con una conducta de acuerdo con la Ley.

II. EL NUEVO TESTAMENTO

Los escritos del Nuevo Testamento coinciden en proclamar que con la venida de Jesús al mundo se cumplen las promesas de salvación anunciadas a Israel. Con Jesús llega "la plenitud de los tiempos" (Mc 1,15).

Jesús se encarna en el tiempo humano. Su nacimiento tiene lugar durante el reinado de Herodes el Grande; su muerte, durante el gobierno de Poncio Pilato⁶. Toda su vida se desarrolla en el tejido de las vicisitudes de una época determinada. Incluso su resurrección, aunque supera el ámbito de la historia, es datable en una fecha concreta del calendario: "al tercer día" después de la crucifixión.

Mateo y Lucas presentan en sus Evangelios la genealogía de Jesús (Mt 1; Lc 3). En este hecho queda patente el interés de ambos por mostrar cómo Jesús se halla en continuidad con el tiempo de Israel e incluso de toda la humanidad (Lc). Por su parte, el Evangelio de Juan concede una

⁶ La era cristiana toma como punto de partida el nacimiento de Jesús. Al establecerla en el siglo V, se cometió un error de cálculo. Dado que Jesús nació durante el reinado de Herodes y que éste murió —hoy lo sabemos con exactitud— al año 4 a. C., el nacimiento de Jesús debe situarse algún tiempo antes (en torno al 6 a. C.). En realidad, pues, el año 2000 ha pasado ya: fue probablemente nuestro 1994.

singular importancia al tiempo en la vida de Jesús. Todo su ministerio público es presentado como una progresión hacia la "hora" de su pasión, muerte y resurrección⁷.

Jesús mismo proclama que el reino de Dios, motivo central de su mensaje, "está cerca" (Mc 1,15), "ha llegado" (Mt 12,28; Lc 11,20), es decir, en su persona ha terminado un tiempo de espera y ha comenzado un tiempo de realidades. La antigua alianza del Sinaí fue sombra de la nueva alianza realizada por medio de Jesús. Entre el pasado y el futuro, él es para la conciencia cristiana el centro de la historia.

Desde muy pronto, desde el momento en que los discípulos de Jesús toman conciencia de su identidad frente a la comunidad judía, la celebración del sábado es sustituida por la del "día del Señor"⁸, el primero de la semana, el de la resurrección de Jesús. Asimismo, la celebración cristiana de la Pascua cambia su contenido: ya no conmemora la salida de Egipto, sino el mismo misterio de la resurrección (de hecho, la muerte y la resurrección de Jesús habían tenido lugar en el contexto de la Pascua judía). Así pues, las primeras fiestas cristianas están relacionadas desde su origen con hechos vividos por Jesús en el tiempo.

El cristianismo hace suyas las ideas escatológicas vigentes en Israel. Pero con una peculiaridad: el día de Yahvé se transforma en el día de la parusía⁹ del Señor Jesús. El fin de la historia tendrá lugar cuando Jesús vuelva en su gloria para juzgar a la humanidad.

Los primeros cristianos estaban convencidos de que ese día se hallaba muy próximo. El mismo Pablo piensa que él vivirá para entonces. Escribiendo a los Tesalonicenses, dice: "Primero resucitarán los que han muerto, y luego nosotros, los que todavía vivamos, seremos arrebatados con ellos por los aires" (1 Tes 4,16s). Pero, algún tiempo después, ante la evidencia de que ese momento se retrasa, les recomienda: "No os alarméis por revelaciones, rumores o supuestas cartas nuestras en las que

⁷ Algo parecido encontramos en Lucas, si bien en categorías espaciales: Lucas estructura una larga sección de su Evangelio en forma de "viaje de Jesús a Jerusalén", es decir, al lugar en que se consuman los hechos correspondientes a la "hora" joánica.

⁸ En latín *dies dominica*, que ha dado origen a nuestro *domingo*. De la correspondiente expresión griega, *heméra kyriaké*, procede el término alemán *Kirche* = Iglesia.

⁹ Con este vocablo, que significa "presencia" o "venida", se designaba en griego profano la visita de un soberano o gran personaje a una localidad.

se diga que el día del Señor es inminente" (2 Tes 2,2)¹⁰. Jesús asegura que el fin, como un ladrón nocturno, llegará sin avisar (Mt 24,43).

Pero la escatología del nuevo Testamento no se reduce a la parusía. El tiempo final comienza ya con la manifestación de Jesús al mundo. Y entre el tiempo de esa manifestación y el de la parusía está el tiempo de la Iglesia, el cual, como dice san Pablo, es "el tiempo favorable para la salvación" (2 Cor 6,2). La escatología ha comenzado *ya*, aunque *todavía no* se ha consumado.

El Apocalipsis de Juan, al igual que los profetas de Israel, espera para el final de los tiempos "unos nuevos cielos y una nueva tierra" (Ap 21,1). Esta expresión simbólica en labios de un profeta cristiano significa que el tiempo de los hombres desembocará en la eternidad. Una eternidad que los cristianos viven ya en esperanza (cf. Rom 8,24).

III. REFLEXIÓN EN VÍSPERAS DEL TERCER MILENIO

En la proximidad del año 2000¹¹ resulta oportuno recordar algunos puntos de la reflexión teológica relacionados con el tema de la salvación en el tiempo: 1) historia de la salvación, 2) actualización de los misterios cristianos en la celebración litúrgica, 3) interpretación del Apocalipsis.

1. *Historia de la salvación*

La fe cristiana no se basa en una colección de verdades abstractas e intemporales, sino en una revelación concedida por Dios en el tiempo. Una revelación cuyo centro es el misterio de Cristo: Dios se ha manifestado, de una vez por todas, en su Hijo. De hecho, los antiguos símbolos de fe no giran en torno a verdades abstractas, sino que, fieles al mensaje

¹⁰ Cuando Lucas escribe su Evangelio, ya no se espera una parusía próxima. Como introducción a la parábola del dinero confiado, advierte que Jesús la dirigió a "los que creían que el reino de Dios se iba a manifestar inmediatamente" (Lc 19,11). La enseñanza de la parábola es que hay que actuar sin preocuparse de cuándo volverá el dueño del dinero. El mismo Jesús se niega a satisfacer la curiosidad "cronológica" de sus discípulos: "No os toca a vosotros conocer los tiempos o momentos que el Padre ha fijado con su poder" (Hch 1,7).

¹¹ No solemos tener presente que el siglo XXI, y por tanto el tercer milenio, comienza en rigor con el año 2001, lo mismo que el siglo II comenzó con el año 101.

bíblico, insisten en acontecimientos: los que van de la creación a la consumación, con un énfasis especial en la trayectoria terrena de Jesús, mediador de la salvación.

Pero, poco a poco, la reflexión teológica fue adentrándose por el camino de la especulación hasta llegar al país de la intemporalidad. Durante la Edad Media, los teólogos se aplicaban a su tarea teniendo cada vez menos en cuenta la dimensión histórica de la revelación. Esta actitud obedecía, en gran parte, al clima de la época. Por entonces, el ideal de todo saber era contar con unos principios de los cuales pudieran deducirse conclusiones. Lo que no se ajustase a ese ideal no se tenía por científico. Y tal era el caso de la historia, atenta a los hechos pasados, no susceptibles de comprobación empírica. Con el desarrollo de las ciencias positivas se perdió el interés por lo que no fuera comprobable mediante experimentos.

Hubo que esperar hasta el siglo XVIII para poder hablar de la historia como ciencia. Fue un cambio de actitud que no dejó de repercutir en la teología. Pero ha sido a mediados del siglo XX cuando, de forma explícita, se ha procedido a estructurar la teología como historia de la salvación. Hoy se insiste en el hecho de que el contenido de la Escritura está esencialmente relacionado con la historia.

La revelación de Dios se concreta en una sucesión de acontecimientos históricos. Y, puesto que esta revelación tiene como único fin salvar a la humanidad, es claro que nos hallamos ante una historia de la salvación. Una historia que, narrada y meditada en la unidad de los dos Testamentos, se ocupa de Israel y de la Iglesia cristiana.

Pero, por otra parte, el proyecto del Dios que "quiere que todos se salven" (1 Tim 1,4) no se agota en la línea que va de Israel a la Iglesia, sino que se extiende a la humanidad de todos los tiempos y lugares. Esto significa que la historia narrada en la Biblia viene a ser una historia particular de la salvación y que existe, además, una historia universal de la salvación constituida por todas las experiencias salvíficas de la humanidad. La afirmación de esta historia salvífica universal es un precioso punto de arranque para hablar con profundidad de la salvación en los tiempos que precedieron a Cristo y también en el ámbito ajeno al cristianismo.

Más aún: la revelación acontece *en* la historia y *por medio de* la historia. No es sólo que Dios se manifieste de manera especial en unos acontecimientos históricos determinados, sino que el curso ordinario de la historia es manifestación de los designios divinos. A esto nos referimos

cuando hablamos de "signos de los tiempos". El discurrir del tiempo humano —con su carga de acontecimientos profanos en apariencia— es para el creyente un conjunto de signos reveladores. En este sentido, la revelación no ha terminado todavía.

Así pues, el concepto de historia de la salvación ha venido a enriquecer la teología cristiana: le ha devuelto una perspectiva descuidada (la inserción de la revelación en el tiempo) y la ha aproximado más a las preocupaciones de nuestra época (la dimensión temporal del ser humano).

2. Actualización del pasado en la liturgia

Otro punto, también relacionado con el tiempo, por el que la reflexión teológica actual se muestra particularmente interesada es la relación entre los hechos salvíficos y su celebración en la liturgia¹². Si bien la Iglesia nunca olvida que el destino definitivo de la criatura humana es gozar de Dios en un futuro de eternidad, recuerda constantemente los misterios de la acción de Dios en el pasado.

También, en el ámbito profano, son objeto de celebración los acontecimientos más relevantes en la historia de cada pueblo (una victoria, la firma de un tratado, el fin de una calamidad). Pero hay una diferencia esencial entre la celebración profana y la litúrgica. En aquélla todo se reduce a conmemorar; los hechos celebrados permanecen intactos en el hondón del pasado. Por el contrario, la celebración litúrgica "actualiza" los hechos que conmemora. Esto significa que no se limita a hacerlos presentes mediante la intención de quienes los celebran, ni tampoco a repetirlos en un afán de imitación, sino que los hace realidad en el presente. Además, desde el momento en que la comunidad celebrante se sitúa en la misma actitud de espíritu que se dio en la celebración originaria, Dios se vuelca con la misma eficacia de entonces en el ahora de la comunidad.

Esta visión teológica ayuda a penetrar en el sentido de las festividades cristianas. Pero tiene una fecundidad especial en la celebración de los sacramentos. Las acciones realizadas por Jesús en su vida terrena se hacen objetivamente presentes y accesibles a los fieles, de modo que éstos

¹² La palabra "liturgia" significa etimológicamente "servicio del pueblo". Este significado se conserva en el uso actual, pues la liturgia es servicio del pueblo de Dios.

pueden participar personalmente en ellas mediante la celebración. El caso más insigne de actualización se da en la celebración eucarística.

La actualización en la liturgia está íntimamente conectada con la historia de la salvación. Se trata de un intercambio entre Dios, que ofrece la salvación, y el hombre, que va en busca de ella. Para tener parte en los acontecimientos salvíficos realizados en el pasado es preciso que éstos se hagan presentes en el tiempo actual.

3. *Interpretación del Apocalipsis*

En muchos cristianos, ante la proximidad del año 2000, se ha incrementado el interés por el último libro canónico del Nuevo Testamento: el Apocalipsis de Juan. Con un pesimismo contagioso, intentan ver en las terroríficas descripciones de este libro indicios de lo que puede sobrevenir a la humanidad en ese año emblemático. Piensan que va a sonar la hora del fin anunciado por el vidente de Patmos. A su juicio, los indicios son evidentes: creciente paganismo, desenfreno en las costumbres, abusos ecológicos, descontrol atómico, falta de alimentos en algunas regiones del mundo y otras mil calamidades¹³.

Esta tendencia a interpretar el Apocalipsis como un anuncio profético de lo que sucederá a lo largo de la historia, o al menos en los últimos tiempos, nació en la Edad Media y ha gozado de larga vida en la Iglesia cristiana. Pero la misma realidad histórica se ha encargado de desacreditarla: las fechas sucesivamente indicadas para el fin del mundo han pasado sin que nada especial aconteciera.

La interpretación mantenida hoy por la inmensa mayoría de los exegetas relaciona el contenido del Apocalipsis con la situación político-religiosa contemporánea del autor de la obra. Ésta se propone consolar a los cristianos que sufren bajo la persecución de Domiciano (años 81-96). Y lo hace con el lenguaje propio de la literatura apocalíptica.

Esta literatura, por cuanto se refiere al ámbito bíblico, se extiende a lo largo de cuatro siglos: desde el II a. C. hasta el II d. C. Sus autores tienen

¹³ De todos modos, la preocupación por la inminencia del fin fue incomparablemente mayor en vísperas del año 1000. Es extraño que, entre los indicios de una catástrofe definitiva, no se haya relacionado hoy el pasaje de Ap 8,10s (del cielo caerá una estrella ardiendo cuyo nombre es "Ajenjo") con el accidente atómico de Chernóbil, nombre que en ruso tiene que ver con la palabra que designa una especie de "ajenjo".

muy poco que ver con los profetas de antaño. A diferencia de éstos, no exponen su mensaje en largos discursos, sino en complejas visiones cargadas de símbolos más o menos convencionales. Tales visiones¹⁴ pretenden ante todo —como sucede con la pintura abstracta— crear en el lector impresiones globales, no describir objetos o hechos concretos correspondientes a la realidad.

El Apocalipsis cristiano, fiel a la línea en que se inserta, utiliza múltiples elementos simbólicos. Por ejemplo, colores (blanco = triunfo; rojo = sangre y violencia; negro = muerte); seres animados o inanimados (mujer = colectividad, pueblo; águila = rapidez; cordero = sacrificio; espada de dos filos = palabra de Dios; cabello blanco = majestad); números (7 = plenitud, larga duración; 3½ = breve tiempo; 1000 = duración o cantidad ilimitada; 4 = toda la tierra; 12 = el pueblo de Israel; 24 = Israel y el nuevo Israel que es la Iglesia).

De acuerdo con este simbolismo, no resulta difícil entender que Cristo sea presentado con el cabello blanco (Ap 1,14), que ante el trono de Dios estén veinticuatro ancianos y cuatro "seres vivientes" (4,4.6.10; 5,14; 7,11), que el número de los marcados con el sello de Dios sean 144.000 (= 12 x 12 x 1.000), que algunos cantos de alabanza consten de siete términos (7,12), que los paganos pisoteen la ciudad santa durante cuarenta y dos meses (42 meses = 3½ años, Ap 11,2), que la mujer del cap. 12 sea símbolo de la Iglesia, etc.¹⁵ Por su parte, la Jerusalén celestial (un grandioso cubo geométrico de 12.000 estadios [unos 2.500 kilómetros] de arista, Ap 21,16) es el símbolo de la presencia definitiva de Dios entre los hombres¹⁶.

El Apocalipsis no ofrece datos que permitan conocer el futuro de la Iglesia o del mundo. Sus destinatarios inmediatos son los cristianos contemporáneos del autor. Autor y destinatarios estaban convencidos de que la parusía de Jesús —y, por tanto, el fin de la historia— no tardarían

¹⁴ El elemento visionario es un ingrediente del género literario. No se trata, pues, de experiencias vividas por los autores apocalípticos.

¹⁵ El significado del número 666 (Ap 13,18) parece claro teniendo presente que, tanto en hebreo como en griego, los números son representados por letras. Las letras del nombre de Nerón en hebreo (*qsr nrwn*, César Nerón) suman exactamente 666 (q = 100; s = 60; r = 200; n = 50, w = 6; por tanto, 100 + 60 + 200 + 50 + 6 + 50 + 200 = 666)

¹⁶ La "Jerusalén celestial" equivale en el Apocalipsis de Juan al "reino de Dios" de los sinópticos y a la "vida eterna" del cuarto Evangelio.

en llegar¹⁷. Con ella acabarían los excesos de la dominación romana y los sufrimientos de los cristianos. Lo cual no quita que el Apocalipsis contenga un mensaje de esperanza para los cristianos de todos los tiempos: pese a todas las dificultades, la historia terminará con la victoria de Cristo y de sus fieles.

CONCLUSIÓN

El proyecto divino de salvación para toda la humanidad se realiza en el tiempo. Toda la historia es historia de salvación, no sólo la larga cadena de encuentros entre Dios y un pueblo determinado que aparecen en las páginas del Antiguo Testamento y que culminan en el encuentro divino-humano de Cristo. Ese proyecto divino universal se concreta en el breve tiempo de cada biografía humana.

Mediante la actualización de los hechos de Jesús, la celebración litúrgica hace posible que aquellos hechos del pasado adquieran realidad en el presente de cada generación. En la asamblea litúrgica de los cristianos se cumple de modo especial la promesa de Jesús: "Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo" (Mt 28,20).

El fin del mundo. Determinar el tiempo de ese fin es tarea condenada al fracaso. Igual que determinar, cuando nace una persona, cuál será la fecha de su muerte. Hay muchas cosas que sólo Dios conoce. Por otra parte, relacionar una simple cifra del calendario —convencional a fin de cuentas— con el fin del mundo o con la presencia de calamidades pertenece a la esfera de la ingenuidad.

¹⁷ La referencia a un reinado de mil años con Cristo (Ap 20,1-6) antes de la consumación no ha recibido todavía una explicación plenamente satisfactoria. Lo cierto es que no puede entenderse de manera literal. En ninguna otra parte del libro se alude a tal reinado. Dado que las descripciones del Apocalipsis cristiano se inspiran hasta cierto punto en la apocalíptica del judaísmo, se podría reflejar aquí la idea judía de un reinado terrestre del Mesías como estadio intermedio entre el tiempo presente y el reino eterno de Dios.